LAS FORMAS DE LA VIOLENCIA EN *RECUERDOS DEL PORVENIR*

POR

CRISTINA GALLI

Universidad de Mar del Plata, Argentina

América Latina es la consecuencia de una violencia prolongada desde la conquista, las guerras de independencia, las luchas fratricidas, los continuos golpes de estado. Los rasgos constantes son la codicia y el saqueo, la inseguridad y la muerte. La violencia constituye el fondo de la acción de los hombres; está instalada como parte de la realidad, de la naturaleza y del paisaje. Nuestra literatura refleja esta situación, nos muestra las distintas formas que toma la violencia, y nos presenta una cosmovisión muy particular.

En la escritora Elena Garro la violencia se vuelve un tema recurrente, no sólo está presente en cada página de su primer novela *Recuerdos del porvenir* (1963), sino que es preocupación fundamental de *Reencuentro de personajes* (1982) y *La casa junto al río* (1983), aunque en contextos socio-culturales diferentes.

El presente de la historia del relato está enmarcado desde la realidad histórica social, durante el período de la Revolución Mexicana, en un pueblo del sur, que sufre la ocupación militar.

De las tertulias en casa de los Meléndez surge la referencia al gobierno de Calles.

—Calles se va a querer reelegir -se dijo casi con frivolidad. (...)

—¡Sufragio efectivo, no reelección! —comentó con pedantería Tomás Segovia¹.

Consideramos necesario recordar el espíritu de la revolución como la voluntad de regreso al origen, a la tierra². Desde esta perspectiva podemos decir que la

¹ Garro, Elena. *Recuerdos del porvenir*. México: Editorial Joaquín Mortiz, 1987, p. 91.

² Consideramos que las reflexiones de Octavio Paz, acerca de la Revolución Mexicana, son las que más se ajustan a nuestro trabajo.

El radicalismo de la Revolución Mexicana consiste en su originalidad, esto es, en volver a nuestra raíz, único fundamento de nuestras instituciones. Al hacer del calpulli el elemento básico de nuestra organización económica y social, el zapatismo no sólo

violencia que el general Rosas y sus subalternos ejercen en la primera parte de la novela, se corresponde con el progresivo alejamiento del verdadero sentido de la revolución³.

LA TIERRA Y LOS INDIOS: OBJETOS DE VIOLENCIA

Las referencias al campo y a la tierra nos remiten al espacio de los campesinos y de los jefes rebeldes que representan la Revolución. El espacio se nos muestra como el testigo permanente de las sucesivas formas de agresión que se han practicado sobre él.

Yo supe de otros tiempos: fui fundado, sitiado, conquistado y engalanado para recibir ejércitos. Supe del goce indecible de la guerra, creadora del desorden y la aventura imprevisible (...). Un día aparecieron nuevos guerreros que me robaron y me cambiaron de sitio. Porque hubo un tiempo en el que yo también estuve en un valle verde y luminoso (...). (p. 9)

Pero sobre las tierras, el general Rosas ejerce la violencia a través de la ocupación en el pueblo de Ixtepec. Observamos que la práctica, en complicidad con el terrateniente Rodolfo Gorfbar, despojando a los indios de sus tierras por dinero. Vemos entonces como se desvirtúa el espíritu de la Revolución, ya que la tierra, considerada lo más sagrado para estos campesinos del sur, comienza a concebirse en términos económicos.

El Gobierno se lo había prometido y lo había autorizado para apropiarse de las tierras que le vinieran en gana. El general Francisco Rosas lo apoyaba. Cada vez que ensanchaba sus haciendas, el general Francisco Rosas recibía de manos de Rodolfo Gorfbar una fuerte suma de dinero que se convertía en alhajas para Julia. (p. 67).

Cabe mencionar que el despojo a los indios es un acto de poder que Rosas realiza con total impunidad, y, al mismo tiempo, marca un orden de privilegios en

rescata la parte válida de la tradición colonial, sino que afirmaba que toda construcción política de veras fecunda, debería partir de la porción más antigua, estable y duradera de nuestra nación: el pasado indígena. (En: Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*, México: Fondo de Cultura Económica, 1980, p.130).

³ La novela se nos presenta dividida en dos partes; vamos a respetar esta división: analizaremos inicialmente cómo se ejerce la violencia en la primera parte y posteriormente, en la segunda parte.

favor del terrateniente, a partir de su voluntad⁴. La reacción frente a esta situación está encarnada en el indio Ignacio, quien intenta afrontar el orden de violencia y abusos, establecido por los militares; él representa el espíritu de la Revolución, ya que proviene del pasado zapatista.

Se decía que Ignacio era un agrarista. La verdad es que había militado en las filas de Zapata y ahora llevaba la vida descalza de cualquier campesino (...)

—Mire, don Rodolfo, es mejor que deje quietas las mojoneras. Los agraristas dicen que lo van a matar (p. 66).

Pero este intento individual, consecuencia de un acto impulsivo, resulta una forma de rebeldía fatal. En la decisión de evitar el despojo, Ignacio personifica y expresa a su gente, y, aunque no consiga cambiar el orden, logra la compasión del pueblo, que se solidariza frente a un enemigo común al morir, y, al mismo tiempo, da origen a la reacción por oposición al poder.

“¡Pobre Ignacio! ¡Pobres indios! Tal vez no son tan malos como creemos” (...) Las esperaba un día largo y pesado, uno de esos días, tan frecuentes en Ixtepec, poblados de muertes y de augurios siniestros (p. 81).

Es importante considerar que esta reacción marca la evolución del pueblo con respecto al indio, ya que en el pasado, dentro de los habitantes de Ixtepec, Justino Montúfar, da muerte a su capataz, el indio Sebastián, por mentir. En este sentido, la muerte del indio Sebastián se homologa a la del indio Ignacio, con el tiempo; aunque la víctima es la misma, se han desplazado los ejecutores de la violencia, Justino Montúfar y Rodolfo Goríbar.

Observamos que esta nueva actitud del pueblo significa un principio de acercamiento en la condición de todos los habitantes ante la ocupación que sufren. Los indios también son objeto de las amenazas de los mestizos; por lo tanto, todos los sectores de la sociedad contribuyen al ejercicio de esta violencia: “Los mestizos, antes de salir de Ixtepec, se armaban de comida, medicinas, ropa y ¡Pistolas, buenas pistolas, indios cabrones!” (p. 25).

El indio representa dentro de este orden a los grupos marginados: constituyen el sector maltratado por todos los integrantes del sistema y la comunidad despojada; forman parte de una realidad que los excluye y que no pueden subvertir⁵.

⁴ ... El poder confiere a la violencia impunidad. Si alguien es poderoso, su violencia podrá escapar a toda sanción. Es por la violencia que se asegura el poder y es por el poder que se reconoce la inocencia de la violencia. (En: Tournier, Paul. *Violencia y poder.*, Argentina: Ediciones La Aurora, 1986, p. 138).

⁵ Creemos que es importante incluir, en el presente trabajo, las consideraciones que acerca

LA MUJER: ORIGEN Y OBJETO DE VIOLENCIA

El maltrato que se ejerce sobre la mujer, merece nuestra atención. Nos centraremos en el vínculo de Rosas y Julia: éste agrede físicamente a su querida, e intensifica esta actitud con la llegada al pueblo de su rival amoroso, como consecuencia de los celos. El silencio y la resistencia pasiva de Julia enfurecen aún más al general, que no logra penetrar en la intimidad espiritual de su amada, e intenta la búsqueda desesperada de ella a través de la violencia⁶: “Las criadas del hotel contaron que el general, al llegar a su cuarto, golpeó a su querida con un rebenque “sin ninguna compasión” (p. 124).

Si bien Rosas ejerce el maltrato sobre Julia, cada vez que se enoja con ella desplaza el maltrato hacia los demás, generando un mecanismo de retroalimentación que da origen a un ciclo cerrado de violencia. Esta relación, puramente carnal, y sin proyección, se instala en este ciclo donde la agresión es el instrumento de Rosas para demostrarse y demostrarle a Julia que sólo cuenta su poder. Vemos, entonces, cómo el general desplaza la ira sobre los personajes y los espacios, como consecuencia de su frustración amorosa. Es evidente que el móvil de sus actos es totalmente personal, lejos de toda convicción, y lejos también del espíritu de la Revolución. Rosas intensifica los crímenes hacia los indios, como consecuencia de sus peleas con Julia, en un acto de terrible agresión hacia la tierra, a través de los muertos que cuelgan de los árboles.

—Más pecados para Julia— se decía Dorotea cuando muy temprano pasaba cerca de las trancas de Colula (...). Los indios colgados obedecían a un orden perfecto (p. 14).

de la marginalidad estructural efectúa Darcy Ribeiro, ya que vemos a la comunidad indígena dentro de este sector de la sociedad.

A través del prisma de los integrados en el sistema, los marginados son sobrantes (...). Sin embargo, desde el punto de vista de la sociedad nacional de la que unos y otros forman parte, los marginados merecen tan legítimamente como cualquier otro sector el título de componentes. Y más aún, porque con frecuencia constituyen la mayoría de la población y porque siendo oriundos de los estratos más antiguos de la etnia nacional, son más auténticamente nativos que otros sectores (...). (En Darcy. Ribeiro, *El dilema de América Latina. Estructuras de poder y fuerzas insurgentes*. México: Editorial Siglo Veintiuno, 1986, p.109).

⁶ ... El sexo también se convierte en campo de batalla, un llamado de auxilio que busca extenuarse en el cuerpo de la otra persona. (En Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América*, Barcelona: Anagrama, 1972, p. 34).

Pero no sólo los indios sufren las consecuencias de este mecanismo, sino que éste se expande hacia todos los que están vinculados con su rival amoroso: el mismo Felipe Hurtado, el dueño del hotel Jardín, y los Meléndez, cómplices de Hurtado y Julia.

—¿Ya saben lo que hizo en el hotel?— preguntó Tacha, la recamarera

—Se quiso enredar con Julia y el general a poco lo mata junto con ella y con don Pepe. (p.55).

Por lo tanto, a partir de Julia, se genera una sucesión de actos de violencia que se extienden desde los sectores marginados hasta las familias tradicionales del pueblo. El espacio también es parte de esta cadena de horrores. Rosas quebranta la armonía del paisaje mediante los cadáveres que esparce en el pueblo de Ixtepec, como consecuencia de la furia que desata su fracaso sentimental; pero, además, particulariza la violencia en los lugares transitados por su querida. Así, la casa de los Meléndez, sitio donde se instala la traición de Julia, a través de su encuentro con Hurtado, se constituye en el centro de la agresión del general.

—Desde hace muchas horas la casa está cercada por los soldados —anunciaron con miedo. (...)

—Mire don Joaquín, no quiero matarlo adentro de su casa. (pp. 142, 143).

A pesar de los desesperados esfuerzos de Rosas por retener a su amada, mediante el empleo de la fuerza y del poder, la misteriosa huida de Julia logra engañarlo.

Supimos que era ella por las señas del traje rosa, la risa y las cuentas de oro enroscadas al cuello. Iban al galope.

El arriero entró al pueblo y nos contó cómo todo Ixtepec dormía redondo y negro con las figuras inmóviles en las calles y en los balcones (p. 145).

La mágica desaparición de Julia y Hurtado, no sólo introduce lo fantástico, predominante en la literatura latinoamericana, sino que también representa el castigo que cae implacable sobre Rosas quien, a pesar de poseer el poder y utilizar la violencia para mantenerlo, no logra retener lo que más quiere. Lo que más le importa en la vida termina esfumándose ante sus ojos. La reacción de Julia es un acto de rebelión amorosa que se particulariza en contra de la figura de su amante, pero no implica una actitud contra el sistema. De esta manera, la derrota de Rosas se circunscribe a lo amoroso y personal: la estructura de poder permanece intacta.

En la segunda parte, al progresivo alejamiento del espíritu de la Revolución, se suman nuevos motivos para ejercer la violencia, que desvían el verdadero sentido de ésta.

LOS CURAS: ORIGEN Y OBJETO DE VIOLENCIA

La violencia se ejerce sobre los curas, a partir de la persecución religiosa que Rosas comienza a desplegar. Esta situación está enmarcada, desde la realidad histórica social de México, en la denominada revolución de los cristeros⁷.

—¿Y el padre? —preguntó Juan Moncada.

—Anda huido... —contestó un soldado.

—Ahora es ley que los padres anden detenidos, por eso se huyó —agregó otro de los hombres (p. 168).

Como consecuencia de la persecución, la iglesia, espacio transitado por el pueblo y lugar de encuentro de todos los sectores de la sociedad, también es centro de la agresión militar. Además, éstos quebrantan el orden establecido al convertirla en Comandancia Militar. Al mismo tiempo, privan al pueblo del último lugar de reunión de todas las esferas de la sociedad, pero se mantiene el estado de privilegios, representado por la continuación de la capilla dentro de la casa de los Goríbar.

... a los pocos días convirtió al cuarto en Comandancia Militar y una tarde señalada mandó hacer una hoguera con las imágenes del templo (p. 164).

La reacción frente a esta persecución genera actos de violencia que se extienden hacia los cómplices de los curas y hacia los espacios que intervienen en el plan para engañar a los militares. Debemos buscar el factor desencadenante de esta sucesión de horrores en la relación de la india Inés, sirvienta de las Montúfar, con el sargento Illescas. Observamos, además, que este vínculo lleva en su esencia el germen de la traición.

⁷ ... Calles tuvo que luchar durante su presidencia contra tres colosos; los latifundistas hacendados, la Iglesia Católica y las compañías petroleras extranjeras (...). El máximo de tensión se produjo cuando, ya en las últimas semanas de 1926 y más en 1927, en algunos estados aparecieron focos guerrilleros (...). Estaban formados por guerrilleros católicos que empuñaban las armas al grito de "¡Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!" de ahí su nombre de cristeros, que rápidamente les fue atribuido. (En Francisco Ricciu, *La Revolución Mexicana*, Barcelona: Editorial Bruguera, 1970, pp. 182-184).

—Mama, Inés está de novia con el sargento Illescas, el asistente de Corona ...

—¿Qué dices? —gritó doña Elvira (...)

(...) —No busques más, de aquí salió el soplo (...)

No cabía duda, la traición había salido de su casa y ella era incapaz de limpiar su honor y de vengar a sus amigos. (pp. 259, 260).

En este sentido, podemos decir que la india genera una corriente de agresión que favorece a los militares y al mantenimiento del sistema. Estamos muy lejos de la imagen del indio como reivindicador de su clase, que vimos en la primera parte, y también estamos muy lejos del sentimiento de la Revolución, ya que no sólo la india Inés constituye la traición a su clase, sino que esta imagen está reforzada con la del general Joaquín Amaro, un yaqui traidor.

Los curas generan, entonces, al igual que Julia en la primera parte, un ciclo cerrado de violencia; primero se la ejerce sobre ellos, y luego, a partir de ellos, se expande hacia sus cómplices. Los invitados a la fiesta, después de la aparente integración con los militares son, finalmente, arrestados por éstos, como una forma de recomponer el orden y reafirmar las estructuras de poder.

—En el nombre del gobierno de México, quedan detenidos los señores Arístides Arrieta, Carmen B. de Arrieta, Joaquín Meléndez y Rosario Cuéllar. Los aquí citados están acusados de rebelión (...). Después el general pidió la lista completa de los invitados y levantó un acta que firmaron todos (p. 217)

La violencia se extiende fuera de la fiesta, hacia los cómplices que ayudan a escapar y a ocultar a los curas. Es importante destacar que en este intento se unen personajes muy distintos, sintetizados en un representante de cada sector de la sociedad, todos juntos frente a un enemigo común: los militares.

La muerte de una prostituta, la Luchi, junto con el hijo de una familia tradicional, Juan Moncada, ilustra esta situación: "Las cuscas (...) miraron con ojos secos el lugar en que habían muerto la Luchi y Juan Moncada (p. 243).

Dentro de los espacios que intervienen en el plan para engañar a los militares, la casa de los Arrieta, lugar de momentánea conciliación durante la fiesta, es objeto de saqueo. Además, funciona como espacio de ocultación, no sólo porque esconde el verdadero significado de la fiesta, sino porque en ella se ocultan carteles y armas, que representan la reacción del pueblo contra los militares.

El coronel salió de las habitaciones. Traía muchos papeles (...) con la divisa; "¡Viva Cristo Rey!" Los soldados traían además rifles y pistolas (p. 216).

La casa de Dorotea también funciona como espacio de ocultación. En ella se esconde el sacristán; allí la violencia no sólo se ejerce con el saqueo, sino que la verdadera agresión al espacio se practica mediante el asesinato de ella en su propia casa.

Al amanecer los criados de doña Matilde levantaron el cuerpo de Dorotea. Sobre los ladrillos polvorientos del zaguán quedó una mancha oscura (p. 241).

En este sentido, podemos decir, se han desplazado los espacios de ejecución de los rebeldes. En la primera parte los indios aparecen colgados de los árboles, en un ámbito que les es propio, mueren de la misma forma que viven, sobre la tierra que, además, representa el lugar donde se desarrolla la Revolución. En esta segunda parte Dorotea es asesinada en su propia vivienda, y la estrategia para engañar a los militares no prospera en el campo, sino en las casas del pueblo.

El progresivo distanciamiento de la tierra y la concentración de la violencia en la iglesia y en los hogares de los habitantes del pueblo no sólo nos alejan del lugar desde donde se impulsa la acción revolucionaria, sino que, además, nos desvían de su verdadero objetivo⁸.

VIOLENCIA Y ESTRUCTURAS DE PODER

Rosas recurre a la salida sexual para vengarse del pueblo, y lo hace a través de Isabel Moncada; ella se convierte en el objetivo de sus intenciones, y al mismo tiempo, éste demuestra, con su actitud, que en el pueblo sólo cuenta su voluntad, como una forma más de expresión de dominio, a través del sexo: " (...) ahora van a saber que lleno mi cama con la que más les duele" (p. 246).

Es evidente que Rosas no ejerce la agresión por ideología, sino para demostrar su poder frente a la burla del pueblo. Se olvidan las razones por las cuales se pelea, sólo se lucha por el poder: los ideales han desaparecido⁹. En realidad, también para

⁸ ... El campo y la montaña pertenecen a los guerrilleros. Y los jefes rebeldes aprenden a sincronizar sus ataques, de suerte que en un sólo día los comandantes federales deben esperar media docena de escaramuzas (...) Desmoralizado desde adentro, amenazado por las legiones norteadas de Villa y Obregón, el viejo ejército de casta (...) finalmente se derrumba. (En Carlos Fuentes, *Tiempo Mexicano*, México: Editorial Joaquín Mortiz, 1975, pp. 135-136).

⁹ ... Vemos el mundo desde la perspectiva de los que, enfrentados a la violencia, la usaron para mantener vigente la actual estructura del poder, la actual injusticia. Estos personajes han creído posible una vida que exprese a los demás, una salvación personal que no tome en cuenta a sus pueblos. (En Ariel Dorfman, *op. cit.* p. 23).

el pueblo la ideología es una excusa para oponerse al orden, ya que pronto sustituye el grito de ¡Viva Cristo Rey! por el de ¡Viva Nicolás Moncada! La reacción del pueblo no parte de una convicción, sino que se da por oposición a los militares. Ni siquiera Nicolás Moncada, que se declara cristero, muere por un ideal. La traición de su hermana Isabel, y la reacción contra los militares, son las verdaderas causas de su muerte. Nicolás encarna, junto con otros, la oposición al poder. Este sacrificio individual es necesario para lograr la derrota moral de los militares.

Recordaba su futuro y su futuro era la muerte en un llano de Ixtepec. La traición de Isabel abolió la muerte milagrosa. Ya no darían el paso hacia el misterio (pp. 266-267).

Al hablar de la traición de Isabel (pp. 226-227), es imposible no remitirnos a la de Julia (p. 132), en la primera parte de la novela, y a la traición que representa para su clase la india Inés (pp. 259-260). En este sentido, no podemos dejar de retrotraernos a un símbolo que pervive dentro de los mexicanos y que se sintetiza en la imagen de doña Malinche, la amante de Cortés, ya que también vemos en las mujeres de esta novela la encarnación de dicha condición femenina¹⁰.

A pesar de los intentos por subvertir el orden de todas las muertes, de los sufrimientos y los sacrificios, sólo Isabel Moncada y su hermano Nicolás logran la destrucción moral de Rosas. Isabel, que comienza como su estandarte de victoria, termina por destruirlo. La violencia que ejerce sobre ella, la venganza que pretende cobrar a través de ella, progresivamente se vuelve en su contra.

De la misma manera, sus subalternos se van quedando con la soledad que la violencia engendra y que, a su vez, justifica más violencia, sin sus queridas, sin el pueblo, sin ideales, con el triunfo militar, pero derrotados moralmente. Rosas termina arrepentido de haberse llevado a Isabel con él, ya que ella se constituye en su castigo: "Sabías lo que querías y me trajiste a tu infierno... ¿Me oyes? ¡A tu infierno! (p. 273).

De la misma manera, Nicolás Moncada, al declararse culpable, al no querer aceptar la salvación que Rosas le ofrece, no sólo se condena a sí mismo, sino que

¹⁰ ... La Chingada (...) no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de sangre, huesos y polvo. El símbolo de la entrega es doña Malinche, la amante de Cortés. Es verdad que ella se da voluntariamente al Conquistador, pero éste, apenas deja de serle útil, la olvida. Y del mismo modo que el niño no perdona a su madre que lo abandone para ir en busca de su padre, el pueblo mexicano no perdona su traición a la Malinche. Ella encarna lo abierto, lo chingado, frente a nuestros indios, estoicos, impassibles y cerrados. (En Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, pp. 77-78).

también lo condena a él. La muerte de este joven rebelde, que debería representar su mayor triunfo militar, se convierte, paradójicamente, en su destrucción como hombre. Y esto no hace más que reafirmarnos que el triunfo militar, para Rosas, carece de sentido, porque no está luchando por un ideal, sino para mantener las estructuras de poder vigentes: "Su carrera de general mexicano acababa de ahogarse en la sangre de un jovencito de veinte años" (p. 289).

La violencia termina destruyendo al que la utiliza. Rosas tiene que enfrentar su propio fracaso; esta vez el destino lo castiga a través de los hermanos Moncada: tiene que soportar moralmente la muerte que él mismo les depara. La esterilidad del abuso del poder, de la violencia irracional y sin ideales, queda simbolizada en su propia desintegración.

Hemos visto, progresivamente, cómo se mata y se muere sin ideales. En este mundo cerrado, el enfrentamiento es una lucha por el poder y por oposición al poder, sin saber verdaderamente por qué se mata y se muere. El conflicto se ha convertido en la lucha del pueblo contra Rosas, razón por la cual se logra vencerlo moralmente, pero no subvertir el orden de privilegios y excepciones: "Vinieron otros militares a regalarle tierras a Rodolfito y a repetir los ahorcados en un silencio diferente (...)" (p. 294).

El principio de autoridad, las estructuras de poder, siguen vigentes. La derrota es individual, porque cuando Rosas detiene a los sospechosos del plan en casa de los Arrieta, los acusa de rebeldes, y el rebelde no quiere cambiar el orden, como el revolucionario, sino destituir al tirano¹¹. Desde esta perspectiva, la Revolución ha perdido su verdadero sentido: se ha derrotado a un hombre, pero no se ha cambiado el sistema, porque en esta confusión de muertes que genera la ley de la violencia, se han perdido los objetivos revolucionarios, y se han particularizado en el enemigo más cercano. No se ha logrado la ruptura de los esquemas vigentes necesaria para poder instaurar una nueva realidad que exprese el verdadero sentimiento de la Revolución, a través de la integración con el pasado, representado en la restitución de la tierra.

¹¹ Consideramos oportuno remitirnos a las consideraciones que Octavio Paz hace con respecto a estos conceptos.

Las minorías son rebeldes; las mayorías, revolucionarias. Aunque el origen de la revolución sea el mismo que el de revuelta (volvere: rodar, enrollar, desenrollar) y aunque ambas signifiquen regreso (...)

(...) el rebelde, a diferencia del revolucionario, no pone en entredicho la totalidad del orden. El rebelde ataca al tirano; el revolucionario a la tiranía. (En Octavio Paz, *Corriente alterna*, México, Editorial Siglo Veintiuno, 1984, pp 148-150).

CONCLUSIONES

La novela nos instala en la realidad histórica social de México; el presente de la historia del relato se desarrolla después de la muerte de Zapata y nos muestra cómo se desvirtúa progresivamente el espíritu de la Revolución. Rosas y sus subalternos ejercen la violencia por poder, creando un mundo sin apertura y sin ideales, llevando a los hombres a una lucha que no comprenden y que terminan no deseando. Se vive en la violencia y por la violencia, creando un ciclo cerrado¹².

Las únicas posibilidades de apertura en este mundo sangriento se dan, en la primera parte, con la ilusión de la representación teatral introducida durante la tregua a los celos de Rosas; en la segunda parte, a través de la fiesta, momento de tregua y conciliación entre los militares y la gente del pueblo. Pero el orden se restituye, la situación se reanuda y la violencia vuelve a ejercerse con más crueldad.

Esta fiesta, que reúne a los sectores opuestos, tiene un final sangriento, y en este sentido, se constituye como la metáfora de la Revolución Mexicana¹³.

Los intentos por subvertir el orden de los militares fracasan: en la primera parte, el impulso de los indios no prospera, porque son proyectos aislados de grupos marginales. En la segunda parte, la reacción del pueblo se particulariza en una lucha contra Rosas y se pierden los ideales. Las estructuras de poder, de privilegios y de excepciones no cambian, aunque Rosas es víctima de su propia violencia. Recibe el castigo que el destino le depara al no retener lo que más ama y ser, finalmente, desintegrado en su aspecto moral. Desde esta perspectiva, la novela nos presenta una realidad alejada de los objetivos revolucionarios sin salida, donde la violencia y el poder son las constantes en un mundo que tiende a perpetuarse.

Creemos que la subversión contra las formas establecidas surge desde lo literario, ya que el espacio como protagonista de la novela implica una transgresión, y al mismo tiempo representa el mimetismo del hombre con la tierra, y éste es el tributo al verdadero espíritu de la Revolución Mexicana.

El título de la novela *Recuerdos del Porvenir* también es una transgresión: expresa una contradicción, y nos sugiere un retorno que nos conduce al sentimiento

¹² ... Supongamos que la violencia representa un modo de relación viva entre el hombre y su prójimo. Pero ella no puede ser creadora porque no tiene trascendencia, no es una comunicación (...) no cuenta con el prójimo, no tiene un mañana ni posee continuidad. No hay nada en sí misma que haga posible una prolongación futura, una —fluencia procesal, un vínculo, una “mediación” histórica. (En: Víctor Massuh, *La libertad y la violencia*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1984, p. 74).

¹³ ... La explosión revolucionaria es una portentosa fiesta en la que el mexicano, borracho de sí mismo, conoce al fin en abrazo mortal, al otro mexicano. (En Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, p.134).

revolucionario, como un esfuerzo por volver al pasado y a la tierra¹⁴. De esta manera, rescatamos su esencia, encarnada en el sur, predominantemente indio y tradicional, con el movimiento zapatista, y ésta es la propuesta del ideal que pervive a través del tiempo¹⁵.

¹⁴ ... En todas las revoluciones hay ese impulso de regreso a un pasado que se confunde con los orígenes de la sociedad. Un pasado en el que reinaba la justicia y la armonía, violado por los poderosos y los violentos (...). En el zapatismo este anhelo se expresó como una vuelta a la propiedad comunal de la tierra, al ejido. (En Octavio Paz, *Pasión Crítica*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana/Planeta, 1985, p.114).

¹⁵ ... Pero el zapatismo no ha muerto. Y no ha muerto porque representa la profunda aspiración de hombres capaces de participar en las decisiones que les afectan, porque representa una rebelión contra la fatalidad de la sumisión. El zapatismo no ha dicho la última palabra, porque la revolución no ha dicho la última palabra en México. (En Carlos Fuentes, *op.cit.*, p.141).